

NATALIA C. Gallego

# Me apuesto el CORAZÓN



escritor  
**Kiwi**  
ebooks

## Capítulo 1

«¿Cómo he llegado a esto?». Esa pregunta se repetía una y otra vez en la mente de Karla, mientras observaba cómo su acompañante comía como un cerdo.

«No tendría que estar aquí».

Esa fue la primera conclusión a la que llegó nada más vio cómo a ese chico le asomaba parte de la lechuga de la hamburguesa por la boca. La segunda, que Patricia podía ser una buena amiga —alguien que sabía que siempre estaría ahí si necesitaba contarle sus problemas—, pero no se trataba de una persona en quien se pudiera confiar, por lo menos en lo que se refería a búsqueda de chicos. Prueba de ello era el que tenía ante sí.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos y fuera plenamente consciente que era el protagonista de ellos, levantó la vista y le dedicó, lo que para él debía ser, una sonrisa seductora.

A Karla ese gesto le cerró el estomago. Literalmente.

Sin poderlo evitar se echó, aún más si cabe, contra el respaldo de la silla en un intento de poner la mayor distancia posible entre los dos. La silla hizo un crujido parecido a un leve quejido; por un momento temió que, si la cosa seguía así durante más tiempo, venciera mandándola al suelo.

«No sería un mal final —pensó—, al menos así tendría un motivo de peso para marcharme. Podría decir que

*me he roto la espalda y que no podré volver a verle en la vida».*

Siendo sincera, en cualquier otra ocasión, ya le habría dicho al chico —del cual ya ni recordaba el nombre—, que no estaba interesada en él y se habría levantado sin pensarlo dos veces. Así era ella, una persona directa que odiaba dar rodeos en las cosas importantes. Y justamente ese era el motivo principal por el que se encontraba inmersa en esta estúpida cita a ciegas.

No podía conseguir un chico por su enorme boca. O explicándolo de otra forma, que no poseía la suficiente paciencia como para aguantar los chistes sin gracia o esa eterna confusión entre los ojos y el pecho, en la cual siempre estaban más atentos a lo segundo que a lo primero.

Por todo esto, obviamente, le resultaba una tarea hercúlea ligar.

Y eso la conducía hasta el otro gran motivo que la llevaba a estar sentada delante de un chico con el que no tenía nada en común:

La dichosa apuesta con Elizabeth.

Con cansancio se pasó una mano por la cara, intentando despejarse y obligar al cerebro a pensar una idea lógica que la sacara del atolladero en el que se encontraba —todo sin romper la promesa de darle una oportunidad que le hizo a Patricia. Lo peor vino cuando apartó la mano y volvió a mirarle...

...Se la estaba comiendo con los ojos, a la vez que le mandaba pequeños besos.

Instintivamente agarró la bandeja de su comida, prometiéndose hacerle un tatuaje con ella, en mitad de la cara, como tratase de acercarse un milímetro más.

Un día antes. Inspira, espira; inspira, espira...

Karla sentía que el pecho le ardía, como si en lugar de pulmones tuviera un par de volcanes en plena erupción. Sus músculos estaban tensos, le gritaban pidiéndole algo de clemencia y que detuviera, de una vez por todas, ese dichoso sobre esfuerzo. ¿Y el cerebro? Bueno, ese hacía mucho que no funcionaba como debía y ahora ya se había quedado completamente en blanco.

¿La razón por la que sentía que el cuerpo agonizaba con cada nuevo paso que daba? Solo tres palabras:

Prueba de resistencia.

A sus dieciocho años era muchas cosas, pero en esa lista de cualidades no se encontraba la de ser buena en el deporte. Sarcástica, cabezota y obstinada, sí, pero jamás deportista. Además, ¿por qué tenían que hacer esa dichosa prueba? ¿De qué les iba a servir correr en círculos como idiotas? Esta era la penúltima hora lectiva y, después de un largo día de clases, lo último que quería era correr para determinar su estado físico. Eso podía decírselo ella sin necesidad de todo esto. Malo. Horrible.

Y, ante todo, no tenía ganas de cambiarlo.

Con la boca pastosa y un pinchazo constante en el costado derecho, se detuvo delante del profesor, implorando su compasión con la mirada.

Él, Juan —un hombre de unos cincuenta años con una figura redonda que, junto a su escasa estatura, le ha-

cían parecer una inmensa «O»—, la saludó enarcando una ceja, acto seguido cerró la revista que sujetaba entre las manos y centró la vista en su reloj.

Las pocas esperanzas de librarse de ese calvario que había cultivado, se esfumaron con ese movimiento.

—¿Ha terminado ya el ejercicio, Quintero?

—Sí —mintió. Aunque las posibilidades de fuga fueran nulas, ella era lo bastante cabezota como para intentarlo hasta el final.

Juan cabeceó, para después mover los ojos hasta la pista y observar, unos segundos, al resto de alumnos. Todos ellos continuaban corriendo alrededor del gran rectángulo que era la cancha de baloncesto, con los rostros enrojecidos por el cansancio.

—Es sorprendente que haya terminado un ejercicio de veinte minutos solo en cinco.

—¿Qué puedo decir? La rapidez es un don que tengo desde pequeña.

Karla vio como el profesor volvía a abrir la revista y se sumergía de nuevo en sus páginas. Por un efímero segundo creyó haberle ablandado el corazón y que le permitiría quedarse. No fue así. Ni por asomo.

—Si no quiere hacer diez minutos extra será mejor que vuelva a correr. ¡Ya!

Le gritó con tanta fuerza que Karla empezó a correr en el acto. Aunque la verdad era que no sabía bien si lo hacía porque quisiera terminar el ejercicio —gracias a la gran

elocuencia de su profesor—, o por huir antes de despertar, aún más, su furia.

Pero a pesar del primer momento de energías renovadas, en pocos minutos volvió a su anterior marcha. O, más exactamente, a arrastrarse por la pista. No era una forma muy digna de llevarlo a cabo, pero al menos lo estaba realizando. Y eso ya era un logro.

No dio ni tres vueltas completas cuando notó una mano sobre su hombro izquierdo. Giró la cabeza y se encontró con la cara ovalada de Patricia.

—Por lo que veo no se ha apiadado de ti.

Ahora mismo, la odiaba un poco. Bueno, quizás mucho. Sobre todo por esa sonrisa entre maliciosa y divertida que le dedicaba.

—No, no lo ha hecho. ¡Ese hombre no tiene corazón!

Gritó cuando pasó por su lado. Como única respuesta el profesor pasó una página con parsimonia, ignorándola por completo.

—Juan es un hueso duro de roer. No es de los que se compadecen de los alumnos, en realidad creo que disfruta torturándonos a todos.

A todos, todos, no. Por lo menos eso no era lo que su hermano, Jorge, le había contado de cuando le tuvo como profesor hace un par de años. Pero al parecer, el aprecio que Juan le tuvo a su hermano no se extendía a ella.

—Tienes razón —le dijo con pesar, antes de mirar a su alrededor—. Oye, ¿dónde está Eli?

—Oh, ella va de las primeras —comentó, señalando dónde estaba—. Creo que es de los pocos que hace esto en serio.

Karla siguió la dirección del dedo de su amiga y allí, en la lejanía, encontró a Elizabeth. Resultaba fácil distinguirla entre los demás. Alta. Delgada. Rubia. Esas tres cualidades la hacían ser un punto de inflexión entre el resto de alumnos. Y por si eso no fuera suficiente estaba el hecho de que ella sí sabía correr con estilo. Posaba los pies suavemente sobre el suelo, de una forma que parecía que no corría, sino que levitaba, como si fuera una pluma.

Al igual que el resto de alumnas de su clase, Karla envidiaba un poquito esa gracia innata que poseía. Y, aunque no lo quisiera, se quedó observándola durante el tiempo suficiente para que las alcanzara. Cuando pasó a su lado le dio un pequeño pellizco en el brazo a la vez que les indicaba con las manos que siguieran.

*«¡Qué fácil es decirlo cuando se corre así!».*

Antes que pudiera gritarle para que se quedara un rato con ellas, Karla fue, parcialmente, investida. Sobresaltada, dio un traspíe y tuvo que sujetarse al brazo de Patricia para no caer al suelo. Una vez que ya estuvo segura que su cara no iba a tomar la forma del pavimento, ni que como primer plato hoy se comería la mitad de sus dientes, levantó la vista para maldecir al corredor imprudente.

—¡Mira por dónde vas, idiota!

El chico la observó de arriba a abajo, especulativamente —o por lo menos eso creyó ella, porque con la capucha puesta y el pelo negro sobre los ojos, le resultaba difícil descifrarlo—, para luego encogerse de hombros y seguir corriendo sin preocuparse de su estado.

—¡Ey, tío, que no te has disculpado! —Centró su atención en Patricia, que miraba la escena con la boca abierta—. ¿Has visto eso?! Ese no sabe con quién se está metiendo.

—Oh, déjale en paz, no lo ha hecho queriendo. Además, ¿qué vas a esperar de alguien que solo abre la boca cuando un profesor le hace una pregunta directa? Es demasiado raro.

Mentalmente le dio la razón. Ese chico, Luis Monzón, fue raro desde el primer momento que empezaron las clases —hacía ya cosa de cinco meses—. Todo el mundo se había interesado por él. Era el repetidor. Un chico un año mayor que podía decirles qué les depararía ese segundo año de Bachillerato. Podía haber sido realmente popular, tanto entre los chicos como las chicas, pero desde el primer día lo único que hizo fue rehuirlos a todos. Si alguien se le acercaba, él solo tenía que lanzar una mirada asesina de las suyas y esa persona huiría en el acto.

En pocas palabras, era antisocial.

Sin embargo, por mucho que no quisiera estar con nadie —o casi nadie, porque Karla sí que le había visto más de una vez hablar con Pablo, su único amigo—, eso no quitaba que fuera mínimamente civilizado.

—Me da igual que sea un ermitaño. Me debe una disculpa y voy a cobrármela. Punto.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Perseguirle?

—Oh, claro, por supuesto; y después me presentaré a las Olimpiadas de atletismo. Seguro que quedo entre los primeros puestos —puso los ojos en blanco, ante la sugerencia de su amiga—. ¿Para qué querría hacer eso cuando

tarde o temprano él tiene que pasar por mi lado? Solo tengo que esperar el momento adecuado, levantar el brazo y... bueno, el resto lo hará la gravedad.

—Definitivamente, ves demasiada televisión.

—Oh, espera y verás.

Lo que no entraba dentro de sus planes era que ese chico fuera más inteligente que ella y, por propia supervivencia, decidiera apartarse lo suficiente como para que el brazo de Karla no llegara a rozarle. O que cuando ya llevaba otras cinco vueltas completas, no tuviera fuerzas ni para levantar un dedo.

Karla tenía las piernas de gelatina.

Era dar un paso y tener la absoluta certeza de que, en cualquier momento, iba a terminar con el culo en el suelo en una pose ridícula que le recordarían de por vida. Toda la culpa la tenía ese tirano de profesor, el cual estaba segura, había disfrutado viéndola sufrir.

Colocó las manos sobre los hombros de sus amigas, en busca de un apoyo que le ayudara a subir las escaleras que iban del patio exterior del instituto hasta las puertas laterales de la entrada. Pero no duró ni un minuto así antes que ambas la apartaran sin miramientos.

—No entiendo cómo puedes tener tan poca resistencia —se quejó Eli—. Estás súper delgada y ni siquiera puedes correr durante veinte minutos como si no te estuvieras muriendo.

—Antes que digas eso de «*deberías hacer más ejercicio*», te diré que el único que quiero hacer es el de comerme tres buenos platos y un gran postre. Ese será mi nuevo reto.

—Glotona —apuntilló Patricia.

Las tres entraron al cálido interior del edificio entre risas y bromas, introduciéndose en el gentío de estudiantes que, como ellas, deambulaban de un lado para otro. Tuvieron que subir la voz para hacerse escuchar y, de vez en cuando, apartar a alguien que se chocaba con alguna de ellas. Llegar a la puerta de la clase fue un pequeño triunfo, pero en lugar de entrar permanecieron en el pasillo, prolongando el escaso tiempo libre que les quedaba.

—Oh, chicas, casi lo olvido, ¡tengo una noticia que contaros! —exclamó una emocionada Patricia, sobresaltándolas.

Karla y Eli la miraron con cierto recelo. No sabían bien cómo lo hacía, pero si algo ocurría en el instituto, fuera lo que fuera, ella se enteraba. Karla no estaba segura si esto era debido a que tenía algo así como un radar para los cotilleos o simplemente que, siendo tan extrovertida como era, todo el mundo terminaba contándole sus problemas. Daba igual cuál fuera el motivo, Patricia era como la caja de Pandora, siempre resultaba mejor no saber lo que guardaba en su interior.

—Sabíais que Marta y Óscar estaban saliendo, ¿verdad? Pues hace cosa de quince días tuvieron una gran pelea —Se acercó más a ellas para bajar la voz—. Según dicen porque otra chica se metió entre ellos, aunque no estoy muy segura de eso.

—Es una pena, se les veía muy bien juntos.

—¿Y quién es Marta?

En el acto las dos amigas miraron a Karla como si le hubiera crecido un tercer ojo en la frente. Las mejillas de esta se enrojecieron un tanto por la excesiva atención. No podía evitarlo, siempre había tenido una memoria horrible para los nombres. A parte que ella, a diferencia de Patricia, no le daba tanta importancia a todo lo que pasaba en el instituto. Si no fuera por su amiga seguramente no se enteraría de la mitad de las cosas.

—Ignórala —suspiró Elizabeth—. Por desgracia ya no podemos introducirle algo de cordura a su cerebro.

Patricia no pudo estar más dispuesta.

—Bien, pues según parece, después de la pelea y principio de ruptura, Óscar trató de arreglar las cosas y recuperarla, pero Marta no hizo más que ignorarle.

—¿Y qué es lo que hizo él?

—Pues según parece le mandó un vídeo explicándole que no hubo nada entre él y esa chica. Además con el vídeo le mandó una carta pidiéndole una «nueva» primera cita.

—¡Qué romántico! ¿Y lo consiguió? ¿Ella ha vuelto con él?

—¡Pues claro que lo ha hecho! ¿Quién podría resistirse a eso? —Patricia dio un par de saltitos emocionada, casi como si estuviera levitando en una nube—. Ojalá mi novio fuera así de romántico...

Karla hacía rato que se había perdido en la conversación. Su destreza en cuanto a temas amorosos se reducía

a un primer amor fallido y un par de chicos con los que trató de salir, pero que no duraron más de una semana.

Ensimismada empezó a jugar con un mechón pelirrojo de su cabello, estirando y contrayendo el rizo entre los dedos. No tenía demasiada experiencia con los chicos —de acuerdo, ninguna— y quizás por eso mismo no le preocupaba demasiado la vida amorosa de los demás, por lo menos no cuando la suya estaba tan desprovista de acción. Eso se lo dejaba a ellas. Tan centrada estaba en hacer una lista mental sobre las series que quería ver, que no se percató que sus amigas la observaban con detenimiento; de la misma forma que se miraría a un experimento al cual no sabes bien por dónde coger.

—¿Qué?

—Simplemente me preguntaba cuándo llegará tu momento —apuntó Elizabeth, de manera calculadora.

—¿A qué te refieres?

—A que eres incapaz de ligar, ¿quizás?

—¡Ey! La palabra incapaz es demasiado drástica, Eli. Más bien lo que ocurre es que soy exigente.

Un sonido de exasperación, que no pudo determinar de cual de las dos provenía, se levantó entre ellas. Cruzó los brazos por delante del pecho, avisándoles con la mirada que se arrepentirían si seguían por ese camino.

—Pues como sigas así de «exigente» llegarás virgen a la tumba. Pondremos en tu lápida «*la exigencia le calentó la cama*».

Elizabeth se rio con fuerza ante la broma de Patricia, mientras que Karla miró con desprecio a su amiga y le dio un pequeño capón como castigo.

Detestaba con toda su alma esos momentos en que las dos le repetían, una y otra vez, que debía empezar a buscarse un novio ya. Como si tuviera noventa años y estuviera a punto de morir sin haber salido con nadie. Hacía unas pocas semanas que había cumplido los dieciocho y eso parecía significar que conseguía pareja ya o estaba echando a perder su vida.

Y si eso no era bastante para meterle presión luego estaba el tema de su virginidad. Ese gran elefante que, entre las sombras, cada vez tomaba más fuerza.

Era como si tuviera a alguien invisible a su espalda, golpeándole el hombro constantemente, diciéndole. «Oye, tienes dieciocho años, es el momento de que dejes de jugar a las muñecas y empieces a jugar a los médicos».

Y no se trataba que Karla quisiera esperar para perderla, pero estaba ese hecho —insignificante y sin importancia— de que quería que fuera con alguien en quien confiara. No quería algo especial; tipo flores, velas o algo por el estilo. Solo una persona que le gustara y con el que estuviera a gusto. Punto.

No pedía mucho. O por lo menos eso creía, porque parecía ser que, en la vida real, eso era demasiado.

—No voy a acostarme con cualquiera —masculló.

—Ni yo te estoy diciendo que lo hagas. Solo te digo que deberías salir con más chicos, ser más amigable con muchos de los que tratan de acercarse a ti —le discutió Elizabeth.

—Oh, vamos, ¡lo soy! —exclamó levantando las manos herida por la insinuación. Se hizo una pausa en la que esperaba que le dieran la razón, pero ambas negaron suavemente con la cabeza—. ¿No lo soy?

—Si entiendes por amable el tirarles una Coca-Cola encima, pues sí lo eres.

—Eso no fue así y lo sabes, Patri. La culpa fue suya. ¿Qué querías que hiciera si nada más conocerme se tiró a darme un beso en la boca? ¡Dios, si aún siento su lengua en mi campanilla!

—Vale, un mal ejemplo —Se calló un momento, buscando otro—. ¿Y qué me dices de ese chico tan mono? Ese rubito que no hacía otra cosa más que llamarte. Ese no fue grosero contigo y tampoco le hiciste caso.

Suspiró cansada. Recordaba a ese chico. Fue agradable y bastante simpático, lo único malo que tenía era que no conocía la palabra personalidad. Si ella le decía blanco, él lo hacía. Nunca había tratado de llevarle la contraria, aceptaba todo lo que le decía como un buen corderito.

No es que quisiera discutir a todas horas con el chico que saliera, pero sí necesitaba a una persona que expresara sus gustos, aunque fueran totalmente diferente a los suyos. No alguien que la siguiera como un perro bien adiestrado.

—Demasiado dócil.

—¿Ves? Lo que te decía. Eres un caso perdido —pinchó, Elizabeth, con superioridad.

Días después, Karla rememoraría la conversación, sabiendo que este fue el momento justo en el que tendría que haber optado por cerrar la boca y olvidarse de todo.

Así se habría ahorrado todos los problemas que después le vendrían encima.

—No tengo novio porque no quiero.

Y ahí fue donde cabo su tumba.

—Karla, te apreciamos, cariño, pero eres una completa negada en cuanto a chicos. No pasa nada, ya te llegará el momento

Frunció el ceño, visiblemente molesta por el comentario de Eli. Lo que en un principio había sido una conversación tranquila y divertida, ahora había cambiado a una serie de ataques hacia su persona. Si decía que podía hacer una cosa era porque podía...

...Aunque ni tan siquiera ella misma creyera en sus palabras.

—¿Es que acaso no crees que pueda hacerlo?

—No he dicho eso, lo único que digo es que las probabilidades son bajas.

Ese tendría que haber sido el momento en el que debería haberlo dejado y olvidarse de todo, pero estaba demasiado ofuscada como para hacerlo. Por el rabillo del ojo vio como el resto de sus compañeros empezaban a entrar en clase y al momento escuchó la voz de la profesora, llamándoles, para que hicieran lo mismo.

—¡He dicho que puedo ligarme a cualquier chico y lo haré!

Se encontraba tan enfadada que no fue consciente que había subido la voz hasta que oyó una risa a su espalda. Se dio la vuelta, maldiciendo su suerte. Quien se en-